

Prólogo

En un país cálido y lejano había un rey bueno y sabio que tenía siete hijos, seis varones y una niña, hijos de siete mujeres diferentes. El rey se sentía viejo y cansado, y sabía que pronto tendría que decidir cuál de sus hijos le sucedería en el trono.

La corona debía ser para el hijo mayor, como ocurría en los demás reinos, pero este rey era diferente,



y siempre había tratado a todos sus hijos por igual.

Un día los llamó y expresó su deseo:

—Hijos míos, no tengo ya mucho tiempo. Quiero que partáis cuanto antes y que cada uno de vosotros me traiga un regalo, aquello que consideréis

más adecuado para mí. Tendréis que estar de vuelta en treinta días. Pues si os demoráis puede que ya no me encontréis, pero tampoco podéis regresar antes. Quien me traiga el regalo más hermoso heredará la corona y reinará.

Las madres de los seis hijos varones enseguida se pusieron a hablar entre ellas:

—Tu hijo es mayor que el mío, está claro que él lo conseguirá —decía una.

—Mi hijo es todavía un niño, ¿cómo podrá competir contra sus hermanos mayores? —decía otra.

Todos tenían entre doce y diecisiete años, unos eran fuertes y otros más débiles. Había quien era despierto y

quien no tanto. Pues no todos tenían las mismas cualidades o aptitudes.

Pero el rey zanjó la discusión diciendo:

—Calmaos. Sabéis que soy un rey bueno y sabio. Sabré sin duda juzgar cuál de mis hijos me trae el mejor regalo. Yo también sé que cada uno es diferente, pero lo importante es que soy justo y honesto, y sabré juzgarlos adecuadamente. Además, sus diferencias solo harán que el reto sea más interesante.

Entonces, se abrió paso la madre de su única hija, que tenía diez años y se llamaba Uma.

—Buen rey, dijo, si es verdad que eres sabio, ¿por qué excluyes a Uma? ¿Acaso ella no podría convertirse en reina?



Al escuchar sus palabras, todos los presentes se echaron a reír. Primero, las madres de los hijos varones, luego, los hijos mayores, y después, por contagio, los más pequeños. ¿Una niña que pretende ser reina? ¡Qué tontería!

Pero el rey levantó la mano para pedir silencio, y dijo:

—Desde la reina de Saba en nuestros reinos no ha habido reinas, pero no hay razón para que siga siendo así. Mi deseo, pues, es que Uma también participe. Os espero dentro de treinta días, hijos míos, con vuestros regalos. ¡Que tengáis buena suerte, que el león no os devore, que el zombi no os asuste y que el buitre no os coma los ojos! Y, expresando este deseo, se despidió de ellos.

Las madres de los seis hijos varones lanzaron miradas de desprecio a la madre de Uma, e incluso a la propia Uma. Pero ellas no se sintieron ofendidas. Ya estaban acostumbradas al aislamiento, puesto que Uma era la única hija y su madre nunca había participado de la complicidad que unía, sin embargo, a las madres de los hijos varones.

Ya en su hogar, lejos de sus hermanos, Uma, que había escuchado el discurso del rey con gran atención, habló:

—Mamá, ¿realmente quieres que me convierta en reina?

—No es eso lo que quiero —respondió su madre—. Yo solo quiero que tengas las mismas oportunidades que los demás.

No tiene sentido que solo porque seas niña no puedas reinar. Eso mismo ha dicho el rey, ¿verdad? La reina de Saba fue mujer. Bella, inteligente y hábil.

—Pero yo soy una niña, no una mujer —dijo Uma.

—Bella, inteligente y hábil —dijo su madre—. Y harás un buen viaje, y llegarás a ser todavía más inteligente y hábil.

—¿Pero tengo que partir sola?

—Hay un montón de cosas que debemos hacer solos, Uma. Esta es una de ellas. Y aunque no traigas el regalo más bonito, y aunque no te conviertas en reina, estoy segura de que este viaje será muy importante para ti, tanto ahora, que eres todavía una niña, como cuando seas mayor. Las cosas que

hacemos solos suelen hacernos crecer.
Las cosas que elegimos y decidimos por
nosotros mismos... Y ahora
¡preparemos tu equipaje!

»¿Qué necesita una niña de diez
años para viajar sola por tierras donde
hay leones, serpientes, rinocerontes y
otros animales salvajes?



»No mucho. Por ejemplo, es inútil llevar armas, pues son peligrosas: además correrías el riesgo de hacerte daño a ti misma y tampoco sabrías cómo defenderte. Mejor llevar otras cosas; por ejemplo: una crema natural para suavizar la piel de los pies tras largas horas de camino, una ocarina para entretenerte por las tardes, una manta de crines de jirafa para taparte durante la noche y estar calentita y protegida del frío, una cantimplora grande llena de agua, que es algo incluso más importante que la comida, y una enorme cantidad de galletas para no pasar hambre. Para todo lo demás —continuó su madre—, la sabana cuidará de ti, te alimentará y te protegerá. Debes estar atenta, bien

despierta y alerta. Sé rápida y vuelve a casa en cuanto puedas.

Y, a la mañana siguiente, Uma emprendió su viaje, sola, en busca del mejor regalo para su padre, el rey.